

GRACIAS!

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

Gracias, su Santidad! Gracias por la atención que nos reservó el 14 de octubre «queridos frailes Capuchinos que» vigilamos «el Santuario de Santa María de las Gracias y la nueva grande iglesia dedicada a la memoria de San Pío de Pietralcina», definiéndonos como «los primeros herederos de su testimonio». Este reconocimiento oficial del papel que sin algún mérito hemos siempre desempeñado como «los principales animadores de esos lugares de gracia, meta cada año de millones de peregrinos» llena de gozo nuestro corazón y fortalece el entusiasmo de nuestra acción pastoral, porque constituye un calificado estímulo del Vicario de Cristo en la tierra, del sucesor de Pedro, piedra en la que el hijo de Dios quiso edificar su Iglesia. Nosotros queremos agradecerle sobre todo porque, después de estas expresiones benévolas, que seguramente salen de su corazón que late de amor paterno, no quiso hacerle faltar a nuestra humanidad, frágil y limitada, sus preciosas indicaciones, invitándonos a que nos estimule y sostenga «el ejemplo del Padre Pío y su intercesión» y a que nos esforcemos a ser sus imitadores, para ayudar a todos a vivir una profunda experiencia espiritual, centralizada en la

contemplación de Cristo crucificado, revelador y mediador del amor misericordioso del Padre Celestial. Necesitábamos estas palabras. Tenemos siempre la necesidad de sentirnos constantemente incentivados, estimulados y llamados al ejemplo de nuestro santo Hermano. Él sustentado por la gracia divina y por carismas no comunes, lograba vivir intensamente sus días y, particularmente, sus Eucaristías y las largas horas dedicadas al ministerio de la Reconciliación, sin cansarse nunca. Era capaz de darle a cada uno, en cada instante, todo sí mismo. «Cada uno – decía – puede decir: Padre Pío es mío». Pero nosotros, en cambio, a veces es difícil gestionar la gran «necesidad de Dios» y la insaciable «hambre de trascendencia que vive en el corazón de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo», del las que nos habló el cardenal Bertone y que nosotros experimentamos cotidianamente en San Giovanni Rotondo. Beatísimo Padre, queremos renovar y tomar públicamente el empeño que nuestro ministro provincial, fr. Aldo Broccato, Le expresó saludándole al finalizar la audiencia. El empeño en multiplicar nuestros esfuerzos para superar nuestras debilidades, con el fin de no desilucionar las expectativas de «millones de peregrinos»

que buscan en cada uno de nosotros, que llevamos su mismo hábito, por lo menos un pálido reflejo de la espiritualidad de Padre Pío «al cual -Usted nos ha recordado- Dios encargó el perenne mensaje de su Amor crucificado por la entera Huamidad».

Hagamos nuestra también la petición que Le dirigió el Ministro Provincial.

Conscientes de la enorme responsabilidad que comporta ser llamados a la vida religiosa, al sacerdocio y, sobre todo a ejercer nuestro ministerio en estos «lugares de gracia», Le pedimos que ore por nosotros. Nosotros, de nuestra parte, Le garantizamos que seguiremos orando por Usted, invocando por Usted la protección y la intercesión de nuestro Santo Hermano.

Con el mismo amor filial de antes, con la misma ternura que Usted transmitió en el corazón de cada católico cuando, después de la elección, se presentó al mundo «como un humilde obrero de la viña del Señor». Pero también con ese impulso interior que probamos el 14 de octubre, cuando Usted nos hizo experimentar el cariño que un padre siente hacia sus hijos, haciéndonos vivir una emoción que nunca podremos olvidar. ■